



LEVANTÓSE HORRENDO CLAMOREO, CUAL NUNCA SE HABÍA OIDO EN EL CIELO...



RECIBA TU ARROGANCIA ESTAS ALBRICIAS CON QUE TE SALUDO.

»Y Abdiel le replicó con entereza estas breves palabras: «¡Apóstata! No desistes de tu error, ni te verás libre de él, porque cada vez se alejan más tus pasos de la verdad. En vano infamas con el nombre de servidumbre el homenaje que prescriben Dios ó la Naturaleza, pues Dios y Naturaleza mandan que impere el que sea más digno, el superior á aquellos á quienes gobierna. Servidumbre es obedecer á un insensato, al que se rebela contra quien tanto puede, como es la de los tuyos al obedecerte. Ni tú mismo eres libre, sino esclavo de ti propio, y nada importa que lleves tu insolencia hasta el punto de escarnecer nuestra sumision. Reina, pues, en los infiernos; que serán tus dominios, mientras yo sirvo en el cielo al Señor por siempre bendito, y obedezco sus supremos mandatos, como deben todos obedecerlos. Pero en el infierno te aguardan, no coronas, sino cadenas; y ya que, segun has dicho, he venido huyendo hasta aqui, reciba tu arrogancia estas albricias con que te saludo.»

»Y al decir esto, habia ya descargado un vigoroso golpe, que no quedó en amago, sino que cayó de pronto, como una tempestad, sobre la orgullosa frente de Satan, el cual, ni con la vista, ni con la rapidez del pensamiento, ni ménos aún con su broquel pudo repararlo, ántes le obligó á retroceder diez largos pasos y á doblar una rodilla, sosteniéndose apénas en su robusta lanza; al modo que los vientos subterráneos ó las desbordadas aguas arrancan de su asiento una montaña y la dejan medio inclinada con los pinos que cubren su superficie. Asombrados, ó más bien furiosos, vieron los rebeldes tronos aquella humillacion del que creían tan invencible; al paso que los nuestros prorumpieron en un grito de alegría, présago de su victoria é indicio del anhelo con que ansiaban el combate. Al punto ordena Miguel que suene la trompeta del arcángel, y pueblan sus ecos la vasta extensión del cielo, y el ejército fiel entona el Hosanna al Omnipotente.

»Mas no se contentaron las huestes contrarias con permanecer en inaccion, sino que se precipitaron furiosas á la lid. Levantóse horrendo clamoreo, cual nunca se habia oido en el cielo hasta el presente, formando asperisima discordancia el choque de las armas y las armaduras, y el crujir de los carros de bronce y los ardientes ejes de sus ruedas. ¿Quién podrá describir el tremendo choque? Volaban las flechas encendidas, silbando horriblemente sobre nuestras cabezas y cubriendo ambos ejércitos con una bóveda de fuego, y bajo ella se lanzaban uno contra otro con fragoroso impetu é inextinguible rabia. Tronaba el cielo todo y á haber existido la tierra entónces, se hubiera conmovido hasta sus últimos

cimientos. Mas ¿qué mucho si de una y otra parte batallaban millones de ángeles denodados, de los cuales el más débil hubiera bastado por sí solo á conturbar los elementos, y á armarse de la fuerza con que prevalecen en sus regiones? ¿Qué poder les estaba negado á aquellas falanges innumerables que entre sí luchaban, para llevar por donde quiera el espanto y la asolacion de la guerra? Hubieran trastornado, ya que no destruido, hasta su mansion nativa, si el Eterno y omnipotente Rey desde sus altos alcázares del cielo no hubiera puesto freno y límites á sus fuerzas. Cada legion de por sí equivalía á un numeroso ejército; cada guerrero representaba en fuerza una legion; y en tan atroz refriega, el caudillo era soldado, el soldado capaz de alzarse á caudillo; que cada cual sabia bien cuándo habia de avanzar, cuándo mantenerse á pié firme, ó cambiar de batalla, ó abrir y estrechar las temerosas filas, sin que en ninguno cupiese la resolucion de la fuga ó la retirada, ni demostracion alguna por donde parecer medroso, sino que cada uno confiaba en sí propio, cual si él solo dispusiese de la victoria.

»Y ¡qué de hazañas dignas de eterno nombre se consumaron! Por ser tantas, no son para referidas. Ocupaba el combate infinito espacio, variando en cada momento en multitud de trances; y tan pronto luchaban los invictos guerreros en terreno firme, como alzaban el vuelo y se acometian suspendidos de los contrastados aires, que semejaban voraz hoguera. Mantúvose largo tiempo indecisa la batalla, hasta que Satan, que aquel día desplegó una fuerza maravillosa, no hallando quien pudiera contrarestarle, y desbaratando las filas de los serafines, reueltos en lo más enconado de la pelea, divisó por fin la espada de Miguel que deshacia, segaba escuadrones enteros de un solo golpe.

»Así el Arcángel su terrible arma con ambas manos, blandiéndola á todas partes con incontrastable fuerza: donde asestaba su filo, todo era devastacion y ruina. Salióle Satan al paso para poner coto á tan grande estrago, y se cubrió con el vastísimo círculo de su escudo, reforzado hasta por diez láminas de diamante. Al verle el insigne Arcángel, suspendió el belicoso empeño, y lleno de júbilo, como quien esperaba terminar la guerra con la rota de su Enemigo y encadenarle á sus plantas, el rostro encendido y con airado ceño, empezó dirigiéndole estas palabras:

«Recréate en el mal de que eres autor, y á que has dado origen con tu rebeldia, pues hasta su nombre era en el cielo desconocido, y miralo propagarse aquí, gracias á una guerra que si á todos es odiosa será funesta para ti y para tus

secuaces. ¿Qué has hecho de aquella bendita paz de que gozábamos, trocando nuestro estado natural en este tan miserable, producido por tu criminal soberbia? Y ¡que así hayas contaminado á tantos millones de ángeles, tan puros y fieles en otro tiempo, y hoy tan henchidos de envidia y deslealtad! Pero no creas turbar la paz de esta mansion dichosa: el cielo te arrojará lejos de sus dominios, que como reino que es de bienaventuranza, no tienen cabida en él los malévolos ni los perturbadores. Huye, pues, y en pos de ti vaya el mal que has abortado; y tú y tus perversas falanges sumios en el infierno, que es vuestra funesta morada; y da allí rienda suelta á tus furores, sin aguardar á que mi vengadora espada anticipe tu castigo, ni á que más ejecutiva aún la cólera del Señor, apresure los horrores de tu suplicio.»

Y á esto replicó Satan: «No con vanas amenazas pretendas intimidar á quien no has podido hacerlo con tus acciones. ¿Quién de los míos ha huido de tu presencia? Y si á tus golpes ha caído alguno, ¿no se ha recobrado al punto sin darse por vencido? Pues ¿cómo se promete tu arrogancia triunfar más fácilmente de mí, y que yo abandone esta empresa? No desvaries, porque no ha de terminar así un empeño que tú llamas criminal, y que nosotros contemplamos como glorioso. Venceremos, si, ó convertiremos este cielo en el infierno que tú has inventado; y si no reinamos aquí, seremos siquiera libres. Esto te digo; y que no he de huir de ti, aunque apuradas tus fuerzas, venga en auxilio tuyo ese que se apellida Omnipotente. De lejos ó de cerca, quiero pelear contigo.»

»Ambos enmudecieron; ambos se aprestaron á un combate indescriptible. ¿Cómo referirlo, ni aún con la lengua de los ángeles? ¿Con qué compararlo de lo que conocemos en la tierra? ¿Qué imaginacion humana podrá encumbrarse hasta las maravillas del poder divino? Porque dioses parecían; y en sus movimientos, en su reposo, en figura, en acciones y el manejo de sus armas, dignos de conquistar el imperio de todo el cielo. Giraban sus fulminantes espadas en el aire, describiendo tremendos círculos, y sus escudos, uno enfrente de otro, relumbaban como dos grandes soles. Todo permanecía en expectativa, todo embargado de espanto. Apartáronse á entrambos lados los ejércitos angélicos, dejando libre el espacio en que ántes median sus armas, porque hasta la conmocion que los combatientes imprimian al aire era peligrosa. Tal (valiéndome de imágenes pequeñas para pintar cosas sublimes) tal, una vez trastornada la armonia de la naturaleza y puestas en guerra las constelaciones, veriamos dos planetas de